

participación creciente en todas las manifestaciones públicas contra la política gubernamental hasta llegar a reconocer la necesidad de dar un paso al frente, otra vez, ofreciéndome y siendo elegido por mis compañeros como su representante en nuestro gremio. Todo esto no fue resultado de aquello que Max Weber llamaba una “vocación íntima por la política”,⁵ sino, por el contrario, de un sentido vagamente kantiano de la responsabilidad que me llevó a asumir,

sin ninguna inclinación, las obligaciones que me interpelaron. La pertinencia de presentar mi propio caso es dudosa, lo sé. Confío, con todo, en que muchas compañeras y no pocos compañeros verán reflejos de su propia historia en esa semblanza mínima.

Una ilusión no es un error, no necesariamente. Me disculpo otra vez con el Dr. Freud por abusar de la descontextualización de sus sabias palabras para concluir este texto. El tiempo, lo dije, ha logrado despertarnos a muchos de nosotros de que la verdadera ilusión equivocada fue la que vivimos antes de despertar a la conciencia de nuestra condición de trabajadores y trabajadoras. La otra, la que se encuentra en el origen de esa transformación, no es un error: aun cuando sus dones más superficiales –las renovadas condiciones materiales– hoy estén en retirada, su legado más secreto y valioso sigue vivo alentando nuestra aún nueva autopercepción como trabajadores, que es, si no estoy muy errado, el basamento de nuestras nuevas prácticas políticas organizadas en conjunto con el resto de las asociaciones gremiales, trabajadorxs

con trabajadorxs. Y así como hoy podemos ver cómo nos indujo a la pasividad nuestra pasada ilusión, la que hoy nos afecta se presenta, en cambio, como una promesa de un futuro distinto de este horrendo presente.

Qué? hacer



El tiempo, lo dije, ha logrado despertarnos a muchos de nosotros de que la verdadera ilusión equivocada fue la que vivimos antes de despertar a la conciencia de nuestra condición de trabajadores y trabajadoras.

⁵ Weber, Max, “La política como vocación”, en *El sabio y la política*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba-Encuentro, 2007, p. 145.

¿Aportar a la igualdad desde una meritocracia? Paradojas de la filosofía institucionalizada

LAURA GALAZZI

El último editorial de la revista *Ideas*¹ hace pie en la fuerza del llamado deleuziano: si la filosofía sirve para algo es para luchar contra la estupidez, sobre todo la propia. Así, todo pensamiento sobre la realidad reviste la necesidad de desarticular los *clichés* que nos constituyen y delimitan qué es pensar, qué es filosofar, qué significa participar activamente del mundo y de la realidad. El texto propone también que esta tarea no implica situarse en un falso “afuera”. Por el contrario, es *dentro* de la filosofía institucionalizada donde urge realizar el autoexamen filosófico al que estamos llamados desde el origen griego del filosofar. Encuentro esta afirmación fundamental, entre otros motivos, por uno histórico: la filosofía en la Argentina pudo dejar de ser un pasatiempo reservado a los salones aristocráticos y los colegios de elite cuando pasó a formar parte de lo público, institucionalizándose en la universidad. En nuestro contexto, es requisito indispensable para garantizar la posibilidad de una “filosofía sin condición” que exista una universidad pública, laica y gratuita que la incluya, un sistema educativo que la considere un saber socialmente válido y un sistema científico que la fomente.

Desde estos acuerdos básicos y fundamentales, hay un punto en el que me gustaría ahondar para poder proponer una discusión. En efecto, creo que es posible extraer ciertas conclusiones acerca del tipo de aporte y rol de la filosofía en el actual contexto a través del análisis del *tipo de institucionalización* con que se materializa la filosofía en la universidad, sobre todo en ciertas universidades tradicionales, prestigiosas, que marcan –de algún modo– el “pulso” de lo académico. Tomaré especialmente la institucionalización de la filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos

¹ AAVV, “Editorial” en *Ideas. Revista de Filosofía Moderna y Contemporánea*, Año 4, No 8, noviembre 2018-abril 2019, pp. 6-12.

Aires (en adelante FFyL/UBA), por el caprichoso motivo de que no habría autoexamen en estas líneas si no hablara de ese “nosotrxs” que me incluye y que implica también a lxs autorxs del editorial.

El tipo de institucionalización actual de la filosofía no es tan antiguo como solemos suponer. Señaló con énfasis Eduardo Rabossi² que aquel tipo de institucionalización data de fin del siglo XVIII en Alemania, y fue pergeñado con motivo de la fundación de la Univer-

sidad de Berlín en 1810. La filosofía, a través de Kant, Fichte, Schleiermacher, Hegel, Schelling y otros filósofos fundamentales en la discusión de ese momento fundacional, hizo un importante aporte en aquella construcción institucional. Fue en un proceso de transformación educativa que se pudo concretar, luego de una acalorada discusión filosófica acerca de los tipos de saberes, su organización y –lo que aquí nos interesa particularmente– el rol de la filosofía en la estructura del conocimiento socialmente válido. Se funda, en ese tiempo y lugar, un tipo de construcción del saber filosófico que convive en nuestros días con otros mandatos ligados a diferentes procesos de reforma universitaria mundiales y locales,³ sobre todo, convive con las últimas transformaciones que se produjeron por el impacto del proceso que llevó a la *Declaración de Bolonia* (1999) en el que la filosofía no tuvo una participación fundamental.

En este contexto, entonces, resulta necesario pensar la institucionalización universitaria para ponderar los aportes de la filosofía a las necesidades de un país, una región y también un mundo que está exacerbando aspectos reaccionarios, violentos, discriminatorios y desiguales, donde resulta asqueante la naturaliza-

ción de la acumulación de capital y riqueza por una parte ínfima de la población, así como la devastación del planeta, a expensas de lxs muchxs que sufrimos las consecuencias en nuestros cuerpos y nuestras vidas.

La brevedad del texto me obliga a algunas afirmaciones salvajes, pero para las que considero que hay evidencia suficiente. La primera es que, en la institucionalización que rige a la filosofía en la FFyL/UBA, las funciones y tareas universitarias de docencia, investigación y extensión se valorizan de manera despareja, atravesadas por supuestos que combinan lo más rancio de los prejuicios sexistas, colonialistas y aristocráticos: en este momento la estrella es la investigación, mientras que la enseñanza y la extensión resultan relegadas. Como cada una de ellas –enseñanza y extensión– tiene sus particularidades y merece ser pensada en profundidad, analizaré aquí la cuestión de la enseñanza. La situación es paradójica, ya que en la filosofía argentina hay sólo un ínfimo porcentaje de investigadorxs que no dan clase. Es decir, a primera vista, el vínculo entre docencia e investigación parece obvio y así lo indica también una cierta simetría postulada en los reglamentos acerca de la dedicación universitaria. Sin embargo, aun cuando esto pueda verificarse en horas de trabajo, no condice con el valor simbólico que se les otorga a estas tareas. Los sistemas de jerarquía informales que nos determinan, los dispositivos de subjetivación filosófico-universitarios vigentes e incluso algunos reglamentos de concursos, las remuneraciones y las posibilidades de acceso a recursos materiales para viajes, becas y proyectos se inclinan de modo prioritario hacia la investigación.

Algunas notas informales para sostener estos dichos. En la sala de profesorxs y en los encuentros en el pasillo se puede escuchar hablar a lxs docentes de la “carga” de docencia, que parece insumir un tiempo precioso para continuar investigando. Una estudiante brillante cuenta compungida que se enfrentó a la cara de sorpresa de su director de tesis de grado, cuando le comentó que quería ser profesora: “¡qué desperdicio!” le dijo, “¡vos das para más!”. Otro relata que fue “seleccionado” tras un parcial, frente a sus compañerxs, para formar parte de un equipo de mentes brillantes dedicadas a la investigación, mientras se denigraba (en chiste, claro) al resto de la clase por no ser como él y el grupo de lxs elegidxs. Una docente considera que se rebaja si utiliza el pizarrón para dar clase y ser entendida, otro más habla del “infierno de la escuela media”.

Qué? hacer



Los sistemas de jerarquía informales que nos determinan, los dispositivos de subjetivación filosófico-universitarios vigentes e incluso algunos reglamentos de concursos, las remuneraciones y las posibilidades de acceso a recursos materiales para viajes, becas y proyectos se inclinan de modo prioritario hacia la investigación

² Rabossi, Eduardo, *En el comienzo Dios creó el Canon. Biblia berolinensis. Ensayos sobre la condición de la filosofía*, Buenos Aires, Gedisa, 2008, pp. 25-29.

³ Cfr. Naishtat, Francisco, “El oficio de filosofar” en *Nombres. Revista de Filosofía*, No 25, 2011, pp. 109-119.

Varios años como docente de la materia Didáctica Especial en Filosofía hace que pueda proseguir indefinidamente con estas narraciones. Lo cierto es que lxs estudiantes llegan a las materias de profesorado con una jerarquía bastante internalizada (algunxs combatiéndola, otrxs padeciéndola): primero la investigación, luego la docencia universitaria en la carrera de Filosofía/UBA (otras carreras de filosofía de otras universidades nacionales también resultan sospechosas

de ser “poco serias”), y, luego, un magma indiferenciado, gris y poco explorado de posibilidades, todas ellas escasamente deseables. Muchxs de nuestros estudiantes ni siquiera saben que sus propixs profesorxs y lxs egresadxs de la carrera dan clases a estudiantes de otras disciplinas en distintas universidades (la materia está en casi todas las carreras de una u otra forma), en institutos terciarios, ni hablar de la escuela media o de hacer filosofía con niñxs.

Quizá por antiguas resonancias que hacen de la docencia un trabajo “femenino”, o por cierto temor aristocrático a ser consideradxs empleadxs estatales, lxs docentes universitarixs de filosofía prefieren la investidura de investigadorxs y transmiten a sus estudiantes esta preferencia. Entonces, esa es la primera cuestión que quiero plantear: ¿Qué jerarquías entre prácticas de la filosofía sostenemos y generamos en nuestras intervenciones como docentes y/o estudiantes? ¿Qué contextos de enseñanza/creación filosófica valoramos? ¿Cuáles son los espacios

de enseñanza donde nos proponemos luchar junto con nuestrxs estudiantes contra la estupidez, quebrar el sentido común, crear conceptos? ¿Cuáles son las comunidades de pensamiento de las que nos sentimos orgullosamente parte y cuáles son las que “padecemos” de modo vergonzante para subsistir? ¿Cuáles van a ser las políticas públicas por las que vamos a luchar partiendo de estas jerarquías? Si la respuesta a estas preguntas es que sólo deseamos pensar, crear conceptos, en la carrera de Filosofía de la FFyL de la UBA o en espacios especializados de investigación como CONICET, con otrxs universitarixs en filosofía, creo que estamos condenándonos a un

pensamiento estéril y endogámico. Participamos del mundo, sí, pero de un mundito agobiante, cerrado, amurallado. Este “nosotros”, esta comunidad que sólo puede pensar si lo hace con unas reglas de juego hiper-codificadas, en un contexto reglado en el que vale, para encauzar la discusión, decir “ese tema no es mi especialidad”, “esa pregunta no se ciñe al comentario del texto”, “ese problema no es atinente para este autor”, etc., resta potencialidad a la posibilidad real de la filosofía de interpelar, discutir y transformar el sentido común, así como de hacerse cargo de las demandas de transformación por las que pujan el pensamiento feminista, el pensamiento decolonial y un largo etc. En ese sentido, me incomoda la afirmación contundente del Editorial con el que estoy dialogando, que reza “los grupos de investigación son las bases de la filosofía, y no los individuos solos o aislados”.⁴ En la misma medida que celebro la concepción de la filosofía como creación colectiva, me inquieto por la frontera que traza “la investigación” respecto de un adentro y un afuera del filosofar.

Sin embargo, no creo que sea un recorte casual. La representación de la docencia valorable que rige en nuestro pequeño mundillo académico coincide con la representación de la investigación especializada. En este contexto la mejor docencia es la que hace unx profesorx (consideradx como un individuo, no como un colectivo en una cátedra, por ejemplo) cuando enseña lo que investiga, el modo en que lo investiga y las preguntas que se hace mientras investiga. Bajo esa transposición de la teoría del derrame a la “buena docencia”, lxs mejores estudiantes siempre serán lxs que sepan más de ese campo particular, lxs que repliquen mejor esas prácticas de investigación (“Los herederos”, ironizaban Bourdieu y Passeron)⁵ en tanto y en cuanto puedan “aportar” al/la investigador/a nuevas ideas para profundizar su especialidad. Por ello el CBC y las materias iniciales están llenas de docentes que son jóvenes egresadxs o ayudantes de segunda y cada vez más son lxs doctorxs que aspiran a enseñar en contextos de posgrado o en materias de orientación. Esto, que quizá va de suyo en el contexto actual, no fue siempre así. Bajo ciertas otras definiciones de la filosofía institucional, resulta más potente

⁴ AAVV, “Editorial” en *Ideas. Revista de Filosofía Moderna y Contemporánea*, Año 4, No 8, noviembre 2018-abril 2019, p 11.

⁵ Cfr. Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI eds., 2006.

Qué?hacer



Entonces,
esa es la
primera
cuestión
que quiero
plantear: ¿Qué
jerarquías
entre prácticas
de la filosofía
sostenemos
y generamos
en nuestras
intervenciones
como
docentes y/o
estudiantes?

filosofar con quienes recién empiezan y con cierta amplitud enciclopédica, planteando los problemas y buscando en conjunto diferentes líneas de resolución, por ejemplo. La valoración actual de la especialidad constituye un principio filosófico que responde muy bien a las transformaciones globalizadas en el sistema de ciencia y técnica y a los circuitos de acreditación académica, pero debería poder justificarse con principios filosóficos, además de coyunturales.

Es decir, deberíamos poder sostener por qué es más potente una filosofía especializada que una no especializada, por qué es más fructífera una filosofía hecha de intercambios entre especialistas, que una hecha a partir de intercambios entre estudiantes de distintas orientaciones y docentes con diferentes líneas de investigación. También mostrar qué sentidos e ideas otorga la especialidad en filosofía a una sociedad que sostiene materialmente su posibilidad. Entiéndase bien, no estoy proponiendo salir a predicar. Estoy diciendo que la institucionalización filosófica actual en nuestro contexto tiene una definición tan restrictiva de su “adentro” y de su “afuera” que resulta francamente agobiante.

Para llegar al mismo punto, propongo una segunda vía de reflexión: ¿qué hacemos materialmente como comunidad? No qué decimos, sino qué hacemos materialmente, qué efectos tiene nuestra práctica, en este caso la práctica de enseñanza en la carrera de FFyL/UBA. Para eso voy a recurrir a algunos datos, sólo porque resultan algo concreto a partir de lo cual pensar. En el período que va entre 2000 y 2010 en la carrera de Filosofía de FFyL/UBA se otorgaron 211 títulos de profesor/a y 140 de Licenciadx. Esto la sitúa, en porcentajes, como la segunda carrera en la FFyL/UBA que elige más el profesorado que la licenciatura para su titulación. La primera es Historia donde el 82% de sus egresados son profesorxs. La sigue, como señalé, Filosofía, con un 60% de profesorxs y un 40% de licenciadx. Las siguientes son Letras y Antropología, en las que se opta casi en un 40% por el profesorado, siendo Bibliotecología la carrera en que menos profesores egresan (sólo un 5%).⁶

⁶ Cfr. Morgade, Graciela, “La formación de docentes en la Facultad de Filosofía y Letras,

Paradójicamente, entonces, la mayoría de lxs alumnxs de la Carrera de Filosofía en UBA opta por la docencia para su titulación. Esto implica dos materias anuales, prácticas de enseñanza, una exigencia importante respecto de tiempos de cursada, dedicación y exposición personal. Sin embargo, esta es la elección. A primera vista, se podría pensar que los números desmienten lo dicho hace pocos párrafos: la docencia parece mejor valorada que la investigación en esta carrera. Sin embargo, cualquiera que transite los pasillos de Puán sabe que esto no es así (salvo excepciones, claro). Contrariamente, la diferencia de titulación –cuando no es doble– refuerza una suerte de jerarquía informal, en la que lxs que optan por el profesorado suelen sentir y sostener que lo hacen porque “no les da” o “no pueden” escribir una tesis de licenciatura. Lejos está de ser cierta esta creencia, que no responde a las habilidades, disposiciones y saberes de estudiantes que pasaron –para llegar a titularse– múltiples instancias evaluativas, redactaron infinidad de trabajos y monografías, etc., lo cual hace que sea materialmente posible, para cualquiera que haya llegado al último tramo de la carrera, escribir una tesis. Es más, objetivamente puede resultar más trabajoso en horas de cursada y nuevos aprendizajes hacer el profesorado que escribir una tesis de grado. Sin embargo, la percepción entre lxs estudiantes es la contraria. Entonces, nos podemos preguntar: ¿Cómo se generó esa percepción? ¿Qué efectos tiene sobre la docencia y la investigación en filosofía? ¿Qué subjetivaciones se están fomentando con esta jerarquía implícita? ¿Por qué una carrera en la que la mayoría de lxs egresadx serán profesorxs enfoca muchísimas más energías en ponderar, legitimar y sostener la investigación que en enseñar a enseñar?

Si tomamos ahora esos datos para calcular aproximadamente la tasa de egreso (es decir, la proporción entre estudiantes que se anotaron para estudiar filosofía en el CBC y los que egresaron finalmente) podemos observar que sólo un 9.22% de lxs estudiantes que se anotaron en el CBC para la carrera de Filosofía terminaron la carrera en ese período.⁷ Resulta un número sorprendente, a mí me resulta

estado de situación y perspectivas” en *Revista Espacios de crítica y producción*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, No 46, 2011, pp. 3-9.

⁷ Se calculó la tasa de egreso o graduación a partir del número de titulaciones por carrera durante el período 2000-2010 (Morgade, Graciela, *op. cit.*) y la información de inscripciones al Ciclo Básico Común en el período 1994-2004 (Fuente: UBA, *Series*

Qué? hacer



Para llegar al mismo punto, propongo una segunda vía de reflexión: ¿qué hacemos materialmente como comunidad?

aplastante. Pero alguna vez lo comenté con colegas y no compartieron la inquietud, alegando que las personas cambian de carrera frecuentemente y que el número debería ser parecido en cualquier carrera universitaria. No puedo explayarme en estadística comparada, no es mi deseo ni la finalidad de este texto. Lo que sí puedo decir es que, sólo comparando con la misma unidad académica, la carrera de Filosofía es la que menor tasa de egreso tiene. La siguen Artes (13%),

Historia (14%) y hay carreras, como Letras, por ejemplo, de gran masividad y complejidad, que sin embargo tiene un 26% de egresados. Todos estos números pueden ser revisados, estudiados, profundizados. Seguramente serían aun más sorprendentes si los atravesáramos con las categorías de género, procedencia cultural y clase. Mi análisis en este contexto no puede ser exhaustivo. Pero, aun considerando un sujeto universal genérico, no creo que las personas se arrepientan más de estudiar Filosofía que de estudiar Letras. O que en el camino se les presenten dificultades vitales distintas. Más bien veo que los perfiles de ingresantes son parecidos, y, sin embargo, la culminación de la carrera difiere enormemente. ¿Por qué ocurre esto? ¿Qué tiene la carrera de Filosofía, FFyL/UBA que desalienta al 91% de sus aspirantes a cursarla y terminarla?

No voy a decir que los números hablan por sí solos, nunca lo hacen. Pero estos casi gritan. Sólo un 9% consigue sortear con éxito una carrera que es pequeña, donde lxs docentes podríamos acordar formas de acompañar mejor los trayectos de aprendizaje. Y, además, de ese 9%, una gran parte está convencida de que “no le da”, que no alcanzará nunca la “excelencia” para cumplir el destino de investigador que la misma carrera le presenta como exitoso. El “seleccionado” llega a la meta, en su mayoría, con heridas, dolores, afrentas y un marcado sentimiento de impotencia e incomodidad frente a lo que se considera la filosofía válida, rigurosa y seria.

Qué? hacer



No voy a decir que los números hablan por sí solos, nunca lo hacen. Pero estos casi gritan. Sólo un 9% consigue sortear con éxito una carrera que es pequeña, donde lxs docentes podríamos acordar formas de acompañar mejor los trayectos de aprendizaje

En suma, quiero decir que en la institucionalización actual de la carrera de Filosofía/UBA, hablamos lxs vencedores, para lxs vencedores y por sobre el cuerpo de lxs vencidxs. Y lo hacemos además desde un lugar incómodo, sintiendo y pensando que más bien padecemos que actuamos, más bien nos salvamos de casualidad, que “ganamos” la batalla. Pero, en todo caso y más allá de las heridas personales, creo que resulta claro que el prestigio de la carrera de filosofía se construye sobre los cuerpos, las biografías y los padecimientos de lxs excludxs. La seriedad y el rigor no están dados por un trabajo comunitario para lograr el acceso de cualquiera a la filosofía, sino que, por el contrario, están contruidos a partir de estrategias de exclusión y segregación. Si nos olvidamos de eso –de que todo sistema meritocrático y selectivo necesita intrínsecamente de perdedores– podemos considerar como un efecto colateral lo que es un eje fundamental de nuestra institucionalización.

Si así nos subjetivamos institucionalmente, ¿qué aporte podemos hacer para una sociedad igualitaria? Si nuestra propia comunidad es endogámica, discriminadora, cerrada, elitista, meritocrática, ¿qué hacemos cuando decimos que combatimos esas características en la sociedad, para luchar por la igualdad? No sé si desde la filosofía se podrá cambiar el mundo, sí vuelvo a afirmar que tenemos que luchar contra nuestra propia estupidez. En ese sentido, me niego a una filosofía institucional de especialistas y afirmo la necesidad de transformar nuestros sistemas de valoración y mérito, nuestras convicciones acerca de la seriedad y la excelencia, haciendo a la filosofía una posibilidad para cualquiera. Para ello, es necesario encontrar los modos en que la filosofía puede desplegarse y difundirse significativamente en todos los contextos de enseñanza, sobre todo encontrar riqueza en el filosofar con no filósofxs. Fomentar e incentivar las ganas de cambiar el mundo a través de la enseñanza y el aprendizaje, la extensión, la divulgación y también a través de la investigación, haciendo converger en una misma experiencia estas tareas. Participar de nuestras comunidades de pensamiento con la alegría de contribuir al despliegue de lo filosófico aquí y ahora, afirmando la igualdad de las inteligencias, la igualdad de cualquiera con cualquiera como principio ineludible. Construir el prestigio y el orgullo del propio pensar en un sistema de méritos comunitario, que no se base en la exclusión jerárquica de otrxs, sino, al contrario, en la

estadísticas, No 5. www.uba.ar/institucional/censos/series/cuadro4.htm).

exploración de un modo de participación e intercambio que no implique acallar las diferencias. Considerar el aporte y la significación que tienen nuestras prácticas filosóficas en el contexto socio-histórico en que estamos insertos, en la sociedad que nos sostiene material y simbólicamente. No considerarlas desde el punto de vista de la “productividad” (es decir, respecto al lugar en que ponemos a la Argentina en el ranking universitario) sino desde la perspectiva ético-política de contribuir multiplicando los espacios de pensamiento, reflexión, discusión, análisis e invención de nuevos mundos, fomentando estas actividades más allá de los espacios de la filosofía y lxs filósofxs profesionales. Estas son, creo, algunas de las contribuciones que puede hacer hoy la filosofía a un país y un mundo más justo e igualitario.

Qué? hacer



Construir el prestigio y el orgullo del propio pensar en un sistema de méritos comunitario, que no se base en la exclusión jerárquica de otrxs, sino, al contrario, en la exploración de un modo de participación e intercambio que no implique acallar las diferencias

márgenes